

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio

Fecha: martes 30 de mayo de 2017

Página: 4B

Año: 92

Edición: 35.096

Descriptor: **DIABLADA DE PILLARO-DANZANTES-GUARICHAS**

Diablos, guarichas, capariches y danzantes de la Diablada de Píllaro



Los diablos con máscaras y trajes rojos bailan al ritmo de la banda de pueblo. Muchas de las máscaras tienen coronillas. BSG



Las guarichas pueden ser hombres y mujeres, son las que acompañan a los diablos en la festividad, ellas llevan una botella de licor para compartir. BSG.



Los diablos alados son de algunos estilos de disfraces que se han creado para participar de la Diablada. BSG



El capariche lleva su escoba y baila junto a la banda que acompaña la comparsa. BSG

“Durante la diablada el cura cierra la iglesia y se va”. Eso dicen algunos pillareños, quienes del uno al seis de enero de todos los años, se adentran en un “infierno” absolutamente festivo en su tradicional “Diablada de Píllaro”.

La ciudad ubicada a 160 kilómetros al sur de Quito, en la provincia de Tungurahua, es una fiesta. Cada cinco minutos los autobuses

salen repletos de pasajeros desde la terminal de Ambato y atraviesan una zigzagueada vía gris. 35 minutos toma llegar a este cantón saliendo de la capital de Tungurahua. La endiablada celebración, que reúne cada día de festejo a miles de danzantes vestidos con atuendos de cuatro personajes, que son los que comandan las fiestas, también muestra una cantidad de comerciantes que ofertan de todo. Son vendedores de las etnias Otavalo, algunos Salasakas y gente de las etnias de Chimborazo, quienes ofertan textiles en su mayoría, prendas con iconografías del paisaje ecuatoriano y sus personajes.

Historia de un Patrimonio

La diablada, declarada en el 2008 como Patrimonio Cultural Inmaterial del Ecuador, es una manifestación de la cultura indígena-mestiza y una de las más importantes que se realiza en el país desde hace algunos años. Esta fiesta huele a higos en miel, por las calles aledañas a donde recorrerán las comparsas se ven pequeños carruajes que llevan pailas de dulce hirviente y en sus vitrinas de marcos azules los sánduches de higo y queso.

No se sabe a ciencia cierta desde cuando se registra esta fiesta. Unos textos dicen que se desarrolla al margen del ámbito religioso católico. Otros, que en la gran revuelta de 1898, cuando los indígenas se lanzaron a la ciudad, armaron una hoguera y quemaron todos los documentos que el Cabildo disponía, lo que provocó que la historia de ese cantón se redujera a cenizas.

No faltan las versiones donde anotan que las diabladas se remontan a la época de la colonia, cuando los terratenientes por el día de los inocentes permitían a los indígenas divertirse dentro de las haciendas en las que trabajaban. En esos espacios, ellos se

disfrazaban de diablos para distraerse y protestar por la opresión, abuso y represión de la que eran víctimas.

Los diablos y sus máscaras

Entre la historia y la tradición, la diablada arde por seis días. Es un encuentro de jolgorio donde prima el color rojo, donde los diablos no tienen edad ni estatura; son grandes, medianos, pequeños; son gordos y flacos; son diablos, diablitas y chiquillos diablillos que se escabullen entre la muchedumbre.

Vestir de diablo no es complicado, es tan sencillo como vestir de ángel, sólo que el diablo no tiene túnica, mas bien lleva una camisa, pantalón y capa roja, ésta última tiene el filo dorado; calza unos zapatos bajos que le permitan bailar y desplazarse con total facilidad, y claro, lo que le da la característica de diablo es la máscara.

La máscara ya sea roja o negra -colores que identifican al demonio- es la diabólica. Tiene ojos vivaces y salientes, quijada alargada, pero lo más fantástico es el número de cachos que la adornan. Las menos engalanadas tienen tres cuernos, otras llegan a estructurarse hasta con 14 cuernos, depende del tamaño también.

Hay máscaras sencillas que solo cubren la cabeza, pero hay otras -las que se ven en mayor número- que tienen coronillas, es decir unas protuberancias inmensas que le hacen una máscara de más de un metro de altura y cinco libras de peso. Las coronillas son diferentes, unas de cuatro lados, otras tres, dos y hasta de un solo lado.

Las coronillas se pintan de rojo, negro y dorado, pero hay las que se forran con papel celofán de colores amarillos, azules, verdes, rojos, que brillan desde lejos y con el movimiento del viento y la danza hasta suenan.

Cada diablo tiene un látigo tejido, hecho de beta o cuero de res y con pulsera para sujetarse en la muñeca, hay otros que tienen pata de cabra y de oveja. Es de oír el sonido que hacen los látigos que, con fuerza caen sobre el asfalto, con ellos también se pone orden en la fila de la calle por donde va la comparsa.

Todos los diablos son alegres, bailan, bailan y bailan, junto a las guarichas, los bailarines de línea y los capariches, (barrenderos), que usan un poncho cañari y barren la calle con una escoba hecha de montes. La comparsa se acompaña con una banda de más de 18 músicos que tocan, sanjuanitos, tonadas, pasacalles y tantas melodías ecuatorianas.

Gente que llega de otras partes

No importa de donde provenga el bailarín, llegan de Quito, Ambato, Riobamba, Cuenca, Latacunga, de tantos otros sitios más. “Me gusta bailar la tradición de la diablada, son tres años que participo, se baila con mucha alegría porque son siete pasos a seguir en la danza, entre pasos cortos, largos y agite de brazos”, dice Stalin Chicaiza de 21 años, que llegó desde Ambato para cumplir la promesa y cargar una máscara de cinco libras con la que bailó por dos horas y media en la primera vuelta y un tiempo igual en la segunda vuelta.

Ocho cuencanos, comandados por un pillareño estudiante de artes, se sumaron a la diablada. Antes del baile llevaban su máscara por las calles. Una parte de ese grupo se presentó el año pasado como “guarichas”, mujeres que se suman a la algarabía de los demonios, visten de túnica blanca hasta las pantorrillas, usan máscaras de malla que tienen ojos azules, un sombrero cobijado con cintas de colores, un pañuelo y una envase de licor para a pico de botella compartir un trago con los presentes.

Los mitos y creencias

La diablada es una fiesta de testimonios con mitos y leyendas. Están quienes aseveran que hay que bailar la diablada para espantar y sacar todo lo malo que hay dentro de uno. Hay otras sentencias que dicen: "Si bailas una vez te cae la maldición, sino bailas siete veces, en siete años, el diablo te lleva". No faltan los supersticiosos que para no caer entre los cuernos o les atrape el tridente, lo cumplen.

Más allá de una posición supersticiosa y mística, Carlos, joven pillareño que creció viendo diabladas, estima que si hay como una maldad implícita en la fiesta, por eso, el conjunto de máscaras y trajes son como una barrera para poder escapar de ese mal: el hombre de 22 años y algunos de sus amigos, que por primera vez participaron en la comparsa, tienen que cumplir seis años más para que no les caiga la maldición y les lleve el diablo.

Preparación y personajes

Colores, olores, sabores y sonidos fusionados en un mismo ambiente. Un cazador con escopeta en mano que muestra como se caza al peludo y negro animal; dos payasos de morcilla; un conjunto de guarichas que incita a beber su trago; el capariche de pantalón blanco que baila con la escoba que es su compañera; los bailarines de línea que en pareja y niños que apoyados por sus padres también llevan atuendos y bailan, son parte de la gran comparsa.

Un solo tridente había entre tanto diablo, así como hay conjuntos de demonios también hay los diablos alados, inmensas alas como de un murciélago que se toman el ancho de la angosta vía por donde se desplaza la comparsa. Gabriel Yanchay, un aspirante a la Policía Nacional, vestía ese traje. Él mismo se prepara su diablo alado con

carrizo y papel, hacer la máscara, el traje y las alas le toma el año entero.

Seis días de desfiles, la fiesta empieza a las 14:00 y termina alas 17:00. La diablada es una fiesta que el Municipio de Píllaro prepara al menos con tres meses de antelación, cuando los cabecillas se reúnen con el jefe de la Unidad de Cultura y el Alcalde y más autoridades. La fiesta es de la comunidad, cada partida la organiza el cabecilla, la municipalidad entrega un apoyo económico para el pago de la banda. (BSG)-(Intercultural).